

CESEDEN

LO ESPAÑOL, LO HISPANOAMERICANO Y LA CULTURA HISPANICA
EN LOS ESTADOS UNIDOS

- Por D. Mario HERNANDEZ
SANCHEZ-BARBA

Seminario: "Las FAS y las Sociedades Modernas: Mundo Hispánico",
del Instituto Español de Estudios
Estratégicos.

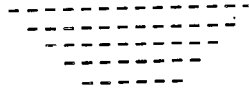


Mayo 1982

BOLETIN DE INFORMACION nº 155-X

INDICE GENERAL

I . - España en América.....	1
II . - Los "hispanos" al norte de México.....	9
III . - El catolicismo y la sociedad católica en los Estados Unidos.....	15
IV . - Las relaciones entre Estados Unidos e Ibe- roamérica.....	21



I

ESPAÑA EN AMÉRICA.

Resulta frecuente la aceptación de la creencia de que la obra de España en América debe constreñirse a las fronteras de lo que hoy constituye el ámbito que puede denominarse Hispanoamérica. El vigor de la explosión expansiva española, sin embargo, desborda esas fronteras para afincarse en lugares muy distantes de las líneas geográficas que hoy establecen la demarcación de la lengua, para ampliarse hasta términos de índole cultural mucho más amplios de los meramente lingüísticos, que son los ámbitos de la cultura. Debemos distinguir dos períodos de muy distinta característica:

- la etapa histórica de la expansión de los españoles y su cultura en una geografía más dilatada que aquellos territorios que hoy marcan las fronteras lingüísticas.
- la etapa histórica que está significada por la entidad política y cultural que denominamos Hispanoamérica y cuyas relaciones internacionales están marcando unas características culturales y políticas que, justamente, alcanzan su verdadero significado en las relaciones con los Estados Unidos.

La primera etapa a la que hacemos referencia es aquella que se encuentra encuadrada por el primer viaje de Cristóbal Colón al servicio de la Corona de Castilla (1492) como hito inicial y, que termina para el continente, aunque no para la América insular antillana, con la independencia, que suele marcarse con la batalla de Ayacucho (1824). Esta primera etapa, podría, pues, subdividirse, en cuatro períodos.

- inicial, hasta el afianzamiento de la primera colonia inglesa en tierra firme de América del Norte, con el capitán Smith, en los albores del siglo XVII, lo cual supone más de un siglo de adelanto hispánico sobre la colonización anglosajona.
- colonizadora, que se extiende a lo largo del siglo XVII y ocupa los primeros sesenta años del siglo XVIII, hasta el comienzo del reinado de Carlos III (1759), que se caracteriza, tanto en la América hispana como en la anglosajona, porque en ella se desarrollan y maduran las dos sociedades americanas que se caracterizan, respectivamente, por su fusión con las culturas indígenas (la española) y por su rechazo de esa población autóctona y, por supuesto, de cualquier índole de mestizaje (la anglosajona).
- final, que está produciendo una vigorosa innovación modernizadora, mucho más fuerte e importante en el sector español, que habrá de convertirse en modelo de desarrollo para los Estados Unidos, en una porción de factores de alta importancia histórica, tal como seguridad para el desarrollo del comercio, estrategia, en orden a la formulación de regiones y bloques de carácter preeminente militar; delineación de fronteras, en relación con la demarcación de zonas de influencia.
- de prolongación, supuesta en primer lugar por la reducción de territorio español en América, que llevará implícita la creciente enemistad anglosajona, en especial como consecuencia de la doctrina de la Land Western Questión que había surgido, muy tempranamente, en las discusiones del Congreso de Filadelfia, de modo especial defendida por los representantes del Estado de Virginia y, en particular por su más caracterizado personaje, Thomas Jefferson.

En la primera de las etapas señaladas, España careció de oponentes europeos al norte del Rio Grande; en la segunda tuvo que luchar por conservar las conquistas y defender los derechos adquiridos, frente a Francia e Inglaterra; en la tercera, la marginación de la citada en primer lugar -Francia- como consecuencia de la guerra de los Siete Años, sostenida contra Inglaterra, la hizo perder su condición de potencia colonial americana, produciendo, inevitablemente, el enfrentamiento de España contra Inglaterra, que culminó en la activa e importantísima participación española en la guerra de independencia de los colonos ingleses de América del Norte contra su metrópoli. La ayuda española fue tan importante que la historiografía más reciente afirma que fue decisiva para que dichos colonos alcanzasen su propósito de independencia respecto a Inglaterra. Desde el final de la gue-

rra de independencia (1781), hasta la época que conocemos históricamente con el significativo nombre de "era de Jefferson" en torno a 1801/1803, se produce el período de veinte años en el que las relaciones entre España y los recién creados Estados Unidos alcanzan una importancia decisiva.

Pero pronto surgieron los roces, producidos, específicamente, por la Western Land Question, promovida por el Estado de Virginia, del que hubo de ser el más acreditado portavoz y más significativo líder anti-español el Sr. Thomas Jefferson. Las fricciones, surgidas como una consecuencia del expansionismo norteamericano, ofrecen tres sectores geográficos perfectamente diferenciados:

- las regiones limítrofes de Luisiana.
- las tierras al Oeste de los Apalaches, comprendidas entre esa sierra y las márgenes orientales del río Missisipi.
- algunos territorios situados en el sur de Georgia.

Las diferencias y fricciones no desembocan en conflicto armado y se solucionaron por vía de diálogos diplomáticos. El primero de dichos tratados fue el Tratado de San Lorenzo de El Escorial (Tratado Pinckney-Godoy) de 1795, cuyo título completo es altamente significativo: "amistad, límites, comercio y navegación". Se centra específicamente en los problemas comerciales del riquísimo valle del Missisipi, la navegación en dicho río y la configuración del puerto de Nueva Orleans como franco para las mercancías norteamericanas. En líneas generales, supuso un tratado altamente beneficioso para los Estados Unidos. El siguiente tratado diplomático es el de la cesión de las Floridas, firmado en Washington en 1819 por John Q. Adams y Luis de Onís, era, además, ratificador del de 1795, y fijaba las fronteras occidentales de los Estados Unidos con la América española, mediante una línea que, desde la desembocadura del río Sabine (en el golfo de Mexico), ascendía por su orilla occidental hasta el paralelo 32º de latitud Norte, enlazaba con el río Red en Natchitoches, cuyo curso seguía hasta 100º de longitud Oeste, para desde aquí alcanzar el río Arkansas al que bordeaba en su orilla meridional y al llegar al paralelo 42º de latitud Norte, acompañaba el recorrido de éste hasta su final en el Pacífico.

La tesis tradicional de que los antagonismos entre España y los Estados Unidos fueron debidos fundamentalmente a cuestiones de límites, encierra una verdad muy relativa y, desde luego, incompleta. Tales fricciones fueron, ciertamente, debidas a problemas fundamentales de límites; pe-

ro también fueron provocadas por doctrinas regionalistas (concretamente del Estado de Virginia), como consecuencia de sus necesidades de expansión para el incremento de sus producciones básicas, respondiendo, claro está, al predominio de una determinada estructura social-mercantilista. Y también deben tenerse en cuenta los reiterados intentos secesionistas del malogrado Estado de Francklin (entre las dos Carolinas, Georgia y Tennessee) y los territorios de Cumberland y Kentucky, que de un modo reiterado pidieron a las autoridades españolas ayuda para proceder a separarse de la nueva nación norteamericana y permanecer como entidades autónomas en la órbita de influencia española, mediante juramento de lealtad al rey de España. Esto es lo que los mediocres políticos norteamericanos bautizaron bajo el expresivo -aunque desde luego falso- título de "conspiración española". Cabalmente, estas dos motivaciones fueron las dos columnas sobre las cuales se levantó el antiespañolismo norteamericano, cuyo gran paladín hubo de ser Thomas Jefferson. Se acusa a España por haber prestado atención a los requerimientos de segregación que ponían en serio peligro la unidad de los Estados Unidos. Pero se olvida, que la iniciativa partió de los propios interesados y que, en todo caso, la unión estaba basada en muy débiles lazos, como demuestra la historia norteamericana hasta la guerra de Secesión (1861), en torno a la grave polémica interna federalismo/centralismo, simultánea con la relativa, muy seria y profunda, al problema unión/secesión. Por otra parte, en la etapa inicial de la vida independiente norteamericana, la inexistencia de un Estado consistente, hizo predominar la voluntad de los colonos, que vivieron una etapa de libertinaje y democracia asamblearia, que condujo, como no podía por menos, a una guerra civil de enorme profundidad. Por su parte, la posición española estaba perfectamente prefigurada en su política tradicional de conseguir el establecimiento de Estados y territorios intermedios que preservasen sus propias provincias y reinos americanos de la proximidad de sociedades muy proclives a la práctica de "marchas verdes". Lo que ocurre es que la total y profunda decadencia de la iniciativa política americanista durante todo el reinado de Carlos IV, impidió la llevada a efecto por vía ejecutiva de la aceptación de la oferta proveniente de aquellos territorios.

Las relaciones hispano-norteamericanas decaen, pues, considerablemente, registrándose escasas muestras diplomáticas sobre unas relaciones que se van enfriando cada vez más, hasta alcanzar su punto culminante en el 1898, en la guerra hispano-norteamericana, fuertemente promovida por los intereses del capitalismo periodístico norteamericano, bajo la capitanía de los Hearst y los Pulitzer. La ausencia absoluta de antagonismo de la sociedad y opinión pública norteamericanas contra España, hizo necesario el montaje de uno de los más monstruosos tinglados propagandísticos pa-

ra justificar la invasión de Cuba, los ataques contra Manila y las islas Filipinas y, en fin, la ocupación de Puerto Rico. Nada más expresivo respecto al montaje mendaz de tal operación que la constitución, en los propios Estados Unidos, de una "Anti-Imperialist League", en Boston, patrocinada por personalidades tan conocidas como Grover Cleveland y Andrew Carnegie, que llegó a contar con quinientos mil miembros. La guerra tuvo un efecto fundamental, que debemos calibrar en función de la seguridad norteamericana: despejó el ambiente psicológico prevaleciente entre la sociedad norteamericana respecto al miedo hacia España, a la que se consideraba como el coloso que abusaba de su poder para sojuzgar al pueblo norteamericano. Teodoro Roosevelt, uno de los promotores del conflicto en varios artículos publicados con posterioridad, hacía referencia a diversas anécdotas, como la relativa al gobernador de uno de los Estados, que no permitió la incorporación de las milicias estatales al ejército federal por temor a una invasión española de represalia; en algunas regiones, los contratos de compra-venta de propiedades se estipulaban con cláusulas restrictivas para el caso de que fuesen destruidas por los españoles, etc. La absolutamente injusta guerra concluyó con el tratado de París de 10 de diciembre de 1898, firmado por las dos delegaciones, en virtud del cual, España entregaba a los Estados Unidos, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam; por el tratado de Washington de 1900, España entregaba, además, otras cualesquiera islas filipinas que hubiesen quedado situadas fuera de las líneas descritas en el tratado de 1898. En 1902 fue firmado en Madrid un tratado de amistad y relaciones generales.

Después de la guerra civil española (1936-1939), durante la cual un sector de la población reaccionó en favor de la España republicana, financiando la formación de la brigada "Lincoln", constituida íntegramente por elementos de filiación extremo izquierdista, los Estados Unidos tomaron parte activa en la política de aislamiento "preventivo" de España, manteniendo ésta actitud hasta el año 1953, en que la política de aislamiento internacional, fue quebrada por los propios Estados Unidos, con la firma el 26 de septiembre de 1953, de tres convenios diplomáticos:

- defensivo.
- de ayuda económica.
- de ayuda para la defensa mútua.

Estos convenios supusieron la construcción de bases aéreas de utilización conjunta (Torrejón de Ardoz, Morón y Zaragoza) y la aeronaval de Rota. La ayuda económica fue un modesto equivalente al generoso Plan

Marshall concedido anteriormente a Europa para su reconstrucción, que, gracias al plan de estabilización, produjo una saludable influencia en la economía nacional española, promoviendo en la década de 1960 a 1970 el desarrollo que convirtió a la nación en una importante potencia industrial. En 1963 se prorrogó por cinco años. En 1969 se prorrogó hasta 1970, fecha en que se firmó un Convenio de Amistad y Cooperación con una validez de cinco años, prorrogable por otros cinco. Este convenio iniciaba un nuevo tipo de relación entre ambos países, con una clara tendencia hacia la elaboración de un nuevo tratado. Además de los aspectos militar y económico, el convenio abarca aspectos relativos a educación, agricultura, medio ambiente, ciencia y tecnología.

¿Durante cuanto tiempo estuvo España presente en el territorio que hoy es de Estados Unidos? El 2 de abril de 1513 avistó Juan Ponce de León, por primera vez, las costas de la Florida y tomó posesión de ellas en nombre de España. El 26 de diciembre de 1821 llegaron a Santa Fé las noticias de la proclamación de la independencia de México y hasta el año 1822 no se arrió la bandera española de California. Es decir, son nada menos que trescientos nueve años los que suponen de soberanía española al norte del Río Grande. Se trata de la soberanía más prolongada sobre aquellas tierras incluida la misma norteamericana que lleva algo más de doscientos años de existencia; en cuanto a la inglesa, aceptando como fecha inicial el establecimiento de Walter Raleigh en la isla Roanoke (Virginia), en 1586, sólo ondeó ciento noventa y siete años. Los franceses comenzaron sus exploraciones en 1672 y abandonaron los territorios norteamericanos en 1763, no llegaron a un siglo; todavía más inferior es la soberanía de México, que sucedió a España en 1821 y perdió la titularidad en 1848 en el tratado Guadalupe-Hidalgo. Por su extremada brevedad no merece la pena citar los períodos de dominio sueco y holandés.

Tan prolongada permanencia española en territorios que hoy son de la soberanía de los Estados Unidos de América del Norte, es lógico que dejó una huella importantísima. Remitimos al acucioso e importante trabajo del diplomático español, embajador Carlos M. Fernández-Shaw: Presencia española en los Estados Unidos, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1972; uno de los libros más importantes que han sido escritos en lengua española, donde se revela minuciosamente cual ha sido la huella y la permanencia de lo español en el Nuevo Mundo, de habla inglesa, donde se encuentran revelaciones importantes sobre aspectos que no han sido debidamente divulgados en la opinión pública española y que resultan absolutamente asombrosos. Por ejemplo, ¿quién sabe que el folleto oficial de las Fuerzas Armadas norteamericanas, reconociendo explícitamente el hecho de

aquella larga e ininterrumpida dominación soberana española sobre territorios de los actuales Estados Unidos, incluye la bandera española entre las primitivas del país? (Vid. "Our Flag", Office of Armed Forces Information and Education, Dept. of Defense U.S. Government Printing Office, Washington D. C. 1962). En el territorio americano, en la historia norteamericana, la presencia de España es algo importante que daría motivo para una amplísima caracterización. Pero claro está, no es ésta nuestra intención ni objetivo. La presencia de lo hispánico en los territorios, en la geografía, en la toponimia, en las costumbres, en los nombres, en las personas, en las instituciones, etc., está estudiada en la citada obra de Fernández Shaw.

Nosotros aquí sólo mencionaremos tres caracteres fundamentales, que constituyen temas básicos en la elaboración del análisis de la realidad actual norteamericana: un tema de tipo antropológico (el conflicto entre anglos e hispanos al norte de México); un segundo, de carácter espiritual (el catolicismo y la sociedad católica en los Estados Unidos, hoy) y un tercero de índole política (las relaciones entre Estados Unidos e Iberoamérica). Se trata de una selección entre temas posibles, porque resulta absolutamente difícil hacer una referencia, ni siquiera global, a la importante realidad de la presencia cultural e histórica de España en América del Norte.

-0-0-0-
-0-0-0-
-0-

II

LOS "HISPANOS" AL NORTE DE MEXICO.

Históricamente la abundante población de habla española situada al Norte de México, se ha quejado muy frecuentemente del escaso interés que despierta y de la poca atención con respecto a sus problemas peculiares. Uno de sus más distinguidos portavoces, el Dr. George Sánchez, se refirió en cierta ocasión a ellos calificándolos de "grupo huérfano, el menos conocido, el menos protegido y el menos expresivo de los grandes grupos minoritarios de la nación". Uno de ellos declaró en cierta oportunidad al Newsweek: "somos el secreto mejor guardado de los Estados Unidos". Desde 1965 parece que en los Estados Unidos se ha despertado un súbito interés por los hispanos del norte de México (o del suroeste de los Estados Unidos). ¿Por qué? Evidentemente porque durante y después de la segunda guerra mundial, comenzó a despertarse una nueva conciencia política y una línea de identidad que ha producido un crecimiento considerable de la madurez política de los hispanos muy fuertemente promovida por el kennedismo, en las campañas electorales de los años 1960, primera vez en que el voto de la gente de habla española figuró con fuerza en una campaña electoral presidencial. Este voto tuvo una importancia extraordinaria en el triunfo de la candidatura Kennedy-Johnson, razón por la cual el presidente designó como embajador de Estados Unidos en Costa Rica a Raymond Telles, que había sido alcalde de El Paso.

En diciembre de 1964 expiró la ley según la cual la mano de obra agrícola mexicana se había venido importando por acuerdo entre ambas naciones. Durante el programa de importación de la mano de obra (programa de los braceros, 1942-1964), residentes mexicanos habían promovido una agitación activa contra ella sobre la base de que los trabajadores importados

constituían una forma inícuca de competencia. Una vez que concluyó dicho programa, fue posible, teóricamente, proceder a la organización de los trabajadores agrícolas mexicanos. El hecho de poner una cuota a la inmigración mexicana en 1965 tuvo como objetivo principal la estabilización del mercado de mano de obra, pero todavía quedaron muchos de los llamados "portadores de credenciales verdes", que son aquellos que viviendo en México, tienen permiso para acudir a sus empleos al otro lado de la frontera, en territorio norteamericano. El 8 de septiembre de 1965 comenzó en Delano (California), la huelga de los "vendimiadores", que duró ocho meses bajo la dirección de César Chávez, quien la convirtió en una huelga de familias, fundamentandola en la sólida estructura de la familia mexicana. Ello produjo el apoyo de muchas organizaciones civiles y eclesiásticas, alcanzando el momento culminante en la marcha de Delano a Sacramento, capital del Estado. Casi al mismo tiempo la Equal Rights Opportunity Commission, decidió celebrar audiencias públicas en Alburquerque (Nuevo México) el 28 de marzo de 1966. En una de ellas, la delegación hispana se retiró en señal de protesta por la manifiesta falta de interés y la ofensiva condescendencia con que se consideraron que se estaba llevando a efecto. Tal retirada ha sido caracterizada como la mayoría de edad política de las gentes de habla española del suroeste de los Estados Unidos.

Después, los trabajadores agrarios de Texas, bajo la dirección de Eugene Nelson convocaron una huelga el 15 de junio de 1966, que también culminó en una marcha desde Río Grande Valley hasta Corpus Christi y hasta el Capitolio del Estado; la gran marcha (más de ochocientos kilómetros) concluyó el 4 de septiembre de 1966. Se estima que esta huelga despertó la conciencia del millón y medio de mexicanos que vivían en el Estado de Texas. La fuerza, sin embargo, de estos grupos étnicos radica en el voto, si pudiese llegar a organizarse. En este sentido se han podido apreciar los esfuerzos comunitarios realizados desde entonces; de tal modo que en estos momentos las organizaciones de Nuevo México están creando las condiciones objetivas que habrán de conducir sus posibilidades en el terreno político, lo cual está preocupando profundamente a los poderes públicos norteamericanos. En 1975, eran veinticinco millones de seres que, en 1981 pasan de cuarenta millones. El progreso político de estos "hispanos" es actualmente importante, habiendo alcanzado un número no despreciable de representantes en el Congreso, ayuntamientos, en juntas de educación y, ocasionalmente, algunos puestos de la judicatura. La creciente influencia política de la gente de habla hispana, refleja constantes progresos educativos y económicos y, en definitiva, el nacimiento y desarrollo de una nueva clase media. En 1970, unos treinta mil mexicanos varones del suroeste ocupaban cargos profesionales y técnicos (maestros, profesores universitarios, ingenieros, cartógrafos, auditores, contadores, clérigos, músicos, médicos, abogados, etc.).

Pero lo importante en esta cuestión es, sin duda, la aparición de minorías jerárquicas de mando, constituida por jóvenes activos, inteligentes y cultos, muchos de ellos con educación universitaria, que se expresan con soltura, son bilingües y están muy familiarizados con los problemas de la gente de habla hispana. En la Universidad de Berkeley constituyeron una asociación llamada "Quinto Sol", que ha publicado excelentes trabajos de investigación y estudios relativos a los problemas de esta sociedad hispana. En general, se aumentan constantemente las organizaciones activas, tales como la MAPA (Mexican American Political Action), la PUMA (Political Unity for Mexican Americans) o la PASSO (Political Association of Spanish Speaking Organization). Existe, pues, una tendencia muy clara hacia la configuración de nuevos supuestos comunitarios, con evidentes y muy claras implicaciones políticas. La cuestión de la tierra en el norte de Nuevo México tiene raíces muy profundas en el pasado. Las investigaciones del Dr. Knowlton de la Universidad de Texas del El Paso, ha estudiado sistemáticamente tal problemática alcanzando unos resultados muy importantes, en el sentido de demostrar la existencia de tres tipos básicos de concesiones de tierras:

- concesión a la comunidad;
- concesión al sitio;
- concesiones a propietarios.

La primera se hacía a un grupo de solicitantes, al menos de diez familias de un pueblo, con el propósito de crear una comunidad agrícola rural; alrededor del pueblo y de las tierras de labranza, se extendía el ejido (campo común para pastoreo, caza, leña y madera para construcción). Era muy frecuente que los límites de tales concesiones fuesen indefinidos, quedando determinado mas bien por el uso que por la concesión jurídica. Las concesiones de sitio y propietarios, fueron mucho más importantes en la parte sur y este del Estado que en la norte. El sitio era una gran posesión de tierra que se hacía a un individuo preeminente para que estableciese un rancho ganadero; y los que se concedían a propietarios era siempre con la condición de atraer colonos. Pese a las garantías del tratado Guadalupe-Hidalgo (1848), los derechos de propiedad de los colonizadores, en especial los de los pueblos septentrionales de Nuevo México, no fueron totalmente protegidos. El gobierno de Washington no concedió a las gentes de habla hispana ni la mitad de los derechos que fueron concedidos a los indios de Nuevo México. La terrible ferocidad de la guerra México-norteamericana fue uno de los más acusados factores que contribuyeron a la desposesión, engendró un resentimiento profundo en los grupos de gentes de habla española que ha ido

cada día en aumento. Hacia 1930 la mayoría de los pueblos hispanoamericanos, habían sido despojados de casi toda su tierra ejidataria; a esto hay que añadir una temporada de sequía, considerablemente agravada con problemas inherentes de desempleo. Uno de los medios de despojo de los aldeanos, fue el establecimiento de los Bosques Nacionales. Sólo en Nuevo México, el establecimiento del National Forest System, enajenó millones de hectáreas, sin compensación alguna. Estas tierras habían sido usadas como pastizales estivales para el ganado y con otros fines, desde tiempos inmemoriales. Todos ellos son indicativos que no pueden sorprender en el sentido de ir acumulando el rencor en los pueblos del norte de Nuevo México, mucho antes de que apareciese el héroe de la reivindicación, Reyes López Tijerina, en torno al año 1958, que fue el encauzador y organizador del rencor.

La huella de España y México es indeleble en el suroeste de los Estados Unidos, como una acumulación muy interesante entre la herencia española, la cultura básica india y la cultura anglonorteamericana. Las tres influencias se encuentran entretrejidas en cada uno de los aspectos económicos, de la lengua, la arquitectura, las costumbres y las instituciones. Para el futuro de esta cultura tripartita resulta de primordial importancia el papel que está representando ya la nueva generación de los hispanos. Todavía tiene que experimentar la región el choque de la primera generación articulada de personas de ascendencia mexicana; en otra generación los que algunos denominan mexicanonorteamericanos se encontrarán por todas partes: en las profesiones, las artes, los colegios, las universidades, y su peso irá creciendo cada vez con mayor importancia numérica. Pronto se irán produciendo los signos de una manifestación épica de la condición cultural de estas gentes y ya están fuertemente preocupados por escribir la historia de sus comunidades y de sus territorios; contratan antropólogos e historiadores españoles, como el profesor Claudio Esteva Fabregat, para que se encargue de tan importantes menesteres, que son fundamentales para establecer una coherencia básica en los supuestos culturales de la comunidad. Lo importante del suroeste son las tierras fronterizas, porque ellas unen los mundos anglonorteamericano y los hispanoamericanos. La región donde existe esa cultura mixta se extiende al norte y al sur. Cada vez la frontera va perdiendo significado para convertirse en zona de relación. Los comerciantes de Arizona descubrieron en los años posteriores a la segunda guerra mundial, que la puerta de entrada de su comercio para la costa mexicana del oeste, era Nogales; por su parte, los texanos descubrieron que sus ciudades fronterizas son las entradas lógicas para el este de México. A la vista de ésto, ¿puede decirse cual será la extensión que llegue a tener la fusión cultural en los próximos veinte años? Al esponjarse las tierras fronterizas, anglos e hispanos se reforzarán numéricamente, reconstruyendo cada vez más las posibilidades

de un incremento continuado de fusión cultural. En cierto modo, la colonización de los Estados Unidos se ha movido siempre contra la geografía, pues el movimiento del este al oeste del pueblo norteamericano, ha sido contra la corriente, la dinámica natural del paisaje; al dirigirse hacia el oeste, el pueblo norteamericano, atravesó cadenas de montañas, llanos, ríos, desiertos. La corriente geográfica del continente es de norte a sur (cordilleras y ríos). Pero la dinámica de pueblos al "norte de México", con su rostro dirigido hacia el este es mucho más antiguo y, además, ha permanecido constante a lo largo de cientos de años y es probable que continúe indefinidamente. ¿Que previsión puede, pues, formularse, respecto al mundo de relación en profundidad que puede producir estas fronteras culturales?

-0-0-0-
-0-0-
-0-

III

CATOLICISMO Y LA SOCIEDAD CATOLICA EN LOS ESTADOS UNIDOS.

El Departamento de Comercio de los Estados Unidos llevó a efecto en 1936 un censo de las religiones de los Estados Unidos (Religious Bo dies, 1936). En dicha época el 19,4% de los católicos de los Estados Unidos habitaban en zonas rurales. El censo de 1940, daba los siguientes índices de población:

- 56,5% población urbana,
- 43,5% población rural.

De los grupos religiosos importantes, sólo los episcopalianos (15,5%) y los israelitas (0,9%) ofrecían porcentajes inferiores de población rural. En consecuencia, en las ciudades -y muy especialmente en las grandes ciudades- se encuentran concentrados los católicos norteamericanos. Ello supone un hecho de una importancia decisiva, puesto que el fenómeno urbano es uno de los fenómenos de mayor importancia y mayor caracterización de la historia contemporánea. Los datos mundiales son inequívocos: en 1850 existían en el mundo 94 ciudades con 100.000 habitantes; en 1900 su número había pasado a ser 291 y, en 1950, alcanzaba 750. Este fenómeno urbano adquiere un relieve importante en los Estados Unidos durante el siglo XX. Y es, precisamente en ese medio urbano, donde se produce el fenómeno del crecimiento del catolicismo en los Estados Unidos, presentando, por consiguiente, una caracterización que difiere con casos ocurridos en ciudades de otros continentes y culturas. La mayor parte de los grupos católicos de los Estados Unidos ofrecen una proporción de población urbana más importantes que en otros

lugares. En 1920 los irlandeses daban un porcentaje de 86,9% y en 1930, de 90,2%; los polacos tenían un 85% de su población establecida en los Estados Unidos ubicados en centros urbanos, en 1920; los italianos del 84,5%. Aparte de los irlandeses, los grupos católicos formaron parte, sobre todo, de las masas de inmigración más reciente, cuando las tierras ya estaban ocupadas y las industrias se desenvolvían a pleno rendimiento. Las ciudades norteamericanas son jóvenes y recientes, habiendo crecido con una rapidez muchas veces desconcertante. Chicago, que en 1850 sólo tenía 30.000 habitantes, alcanza en 1950, la cifra de 3.600.000 en la ciudad propiamente dicha y 1.500.000 en los suburbios; en 1880, Los Angeles tenían 11.000 habitantes y hoy pasa de siete millones. Los inmigrantes se establecieron inicialmente en el primer cinturón urbano (según Burgess, la "zona de transición"), su capacidad económica era muy pequeña, de modo que toman lo que encuentran y prefieren que sea cerca de su lugar de trabajo; en cuanto su situación económica mejoraba trataban de encontrar mejores alojamientos y un barrio mejor; frecuentemente, al dejar sus primitivos alojamientos, eran reemplazados por nuevos inmigrantes. Así puede apreciarse en los barrios de Chicago o Nueva York, que han sido sucesivamente barrios irlandeses, alemanes, italianos y, finalmente, negros o puertorriqueños. Existe un hecho social correlativo que es el representado por la relación entre la movilidad horizontal y la movilidad vertical, lo cual supone un signo de asimilación importante en las ciudades norteamericanas, ya que, los que abandonan los barrios de inmigrantes, por regla general, no tienen ya necesidad de ayuda del grupo nacional, son capaces de valerse por sí mismos, independizándose del control social que los encuadraba anteriormente. Y, como consecuencia de éste hecho, la comunidad no será el principal sosten de su fé, es decir, la práctica religiosa, los matrimonios, la educación de los hijos, ya no estará sometida a la aprobación o desaprobación del grupo. Ello acarrea un doble fenómeno: la individualización del hecho religioso y el descontrol respecto a la parroquia, que realizaba un papel fundamental en la coherencia de los barrios.

¿Cual ha sido la evolución social de los católicos en los Estados Unidos? En primer lugar, ha marchado paralelo con el cambio de criterio nacional -verificado, sobre todo, a partir de la primera guerra mundial- respecto al sentido de las responsabilidades internacionales, como por ejemplo ocurre con la proyección misionera en el mundo. La norteamericana hasta 1955 sólo fue del 2% del total mundial, inferior, por ejemplo, al número de misioneros belgas; siendo así que, en Bélgica, el número de católicos es cinco veces menor. Desde 1955, los "Maryknolls", los PP. de St. Columban, los jesuitas y otras muchas ordenes envían un número de misioneros que, cada vez es más crecido. La National Catholic Welfare Conference

(NCWC), ha intensificado sus actividades internacionales y junto con la National Conference of Catholic Charities, adquiere cada vez mayor importancia en las organizaciones internacionales católicas.

Los problemas de la unidad interior y de la asimilación étnica, en cambio, no se encuentran completamente resueltos, ya que el número de personas nacidas en el extranjero es todavía, muy alto. Por ejemplo, en Chicago, sobre una cifra total de población de 3,5 millones de personas, alcanzaba la cifra de 526.058. Ciertamente, desde 1930 puede decirse que ha concluido la gran inmigración europea (tanto por las crisis económicas, la guerra, etc., cuanto por la elaboración de una legislación restrictiva del Congreso) y, en consecuencia, desde ese mismo año se aprecia perfectamente la curva de asimilación mucho más intensa, ya que antes de 1930, a pesar de la asimilación generacional, la llegada de nuevas afluencias, mantenía el grado de no-asimilación. Por esta razón alemanes, italianos y polacos continúan existiendo como tales grupos, actualmente. La asimilación, por otra parte, era algo perfectamente necesario, porque en los Estados Unidos nadie puede ser absolutamente nada, si carece de la nacionalidad. Por ello se ha originado una tensión en el seno de estos grupos, ya que, aunque deseaban continuar agrupados para subsistir y defenderse, la necesidad les promovía a la integración, mediante la nacionalización. Esta tensión puede apreciarse muy bien en el terreno religioso y ha sido, sin duda, el origen de grandes pérdidas para la religión católica. Cuéntese también la acción del clero de los grupos religiosos más tradicionales para conservar su primogenitura llevando a efecto importantes ataques y agresiones, uno de cuyos efectos más espectaculares, radica, precisamente, en la acción dirigida hacia los jóvenes para que se integrasen rápidamente en aquellas religiones, abandonando la de sus padres.

Pero la conciencia de la nacionalidad norteamericana ha aumentado mucho entre los católicos. En el conjunto de la Nación el prejuicio de la religión católica, como religión no norteamericana, es aún muy vivo. Sin embargo, -y pese a todo, lo cual es un índice muy claro de la importancia del movimiento- cuando fue elegido presidente de los Estados Unidos en 1960 John F. Kennedy era el primer presidente católico que tuvieron los Estados Unidos. Dicha presidencia rompió una larga serie de lugares comunes mantenidos "religiosamente" por los conspicuos representantes de las Iglesias que primero se establecieron en América y que, obviamente, tampoco eran americanas. Pero el hecho, sociológicamente hablando, está ahí y ha sido descrito del siguiente modo por Gustavo Weigel S.I. (An introduction to american catholicism, 1956): "Las deficiencias morales de la comunidad norteamericana, en su conjunto, son compartidas por los católicos, sin demasiada

resistencia. El católico ha luchado tanto tiempo para ser aceptado en la comunidad, que ha adoptado la coloración y las costumbres, guardando la piedad fuera de éste terreno. Ahora, cuando es aceptado sin reticencias, tiene buen cuidado de no hacer nada que pueda aislarle de ese grupo, lo que en su óptica no sería muy católico. El ensayo de adaptación del católico norteamericano a su medio se ha realizado con éxito, quizá con demasiado éxito".

Uno de los fenómenos más notables que se aprecian en los Estados Unidos, a partir de 1955, es el creciente número de personas convertidas al catolicismo. En la década de los años 1950-1960, se convirtió un millón largo de norteamericanos al catolicismo; en la década de 1960 a 1970 se ha duplicado y se mantiene la tendencia. Ello manifiesta una importante vitalidad, pese a todo. Afinando el objetivo crítico, es indudable que la inmensa mayoría de los convertidos están localizados en:

- barrios negros de las ciudades del norte y del este;
- en ciertas regiones del sur;
- en ciertas parroquias que han efectuado un esfuerzo más importante en ese terreno.

La mayoría de las conversiones se deben a matrimonios mixtos como por ejemplo ocurre como característica general en las parroquias de los Estados del sur (Cfr. JOSEPH H. FICHTER: Social relations in the urban Parish, Chicago, Univ. Press. 1954); en Chicago casi el 30% de los convertidos son negros, siendo una minoría del 14% en la población. En las regiones rurales las conversiones son relativamente poco numerosas y difíciles no encontrando la manera de incrementarlas el clero católico que, por otra parte, es muy escaso. Una encuesta sociológica demuestra, por otra parte, que el grupo católico es el menos misionero de todos los grupos religiosos que actúan en los Estados Unidos, ofreciendo los siguientes porcentajes:

Baptistas	67%
Otras sectas protestantes	61%
Presbiterianos	59%
Metodistas	56%
Episcopalianos	53%
Luteranos.....	49%
Congregacionalistas	32%
Católicos	28%

En la encuesta se hacía ver que la razón por la cual ocurría ésto en el grupo católico, siendo en realidad mucho mayores sus posibilidades, se debía al escaso celo misionero de los seculares; lo cual es indicativo de la resistencia al desprestigio que, en aquella sociedad, podía acarrear el hecho de ser católico practicante. Lo cual supone una actitud social tanto más grave cuanto, en la misma encuesta, se hacía ver que el número de norteamericanos que no profesaban ninguna religión era, nada menos, que ochenta millones.

Existe, pues, una fuerza espiritual, nada despreciable representada por los católicos norteamericanos, a través de la cual puede y debe intentarse cualquier índole de penetración cultural e intelectual. La cifra que daba el Official Catholic Directory (1956) era de 33,5 millones. Las investigaciones llevadas a efecto demuestran que esta cifra es muy baja y diversos cálculos basados en los porcentajes de natalidad y en encuestas locales, permiten afirmar que, en la fecha citada, el número no podía bajar de 40 millones, tomando como definición de católico el concepto de bautizado en la Iglesia Católica. Pero debe tenerse muy en cuenta que esta importante minoría, se ha mantenido -y ha crecido- en un medio que puede considerarse hostil; no, lógicamente, en el sentido de una persecución de carácter religioso, sino por la necesidad de integrarse siguiendo los "patterns" que se consideran socialmente aptos en aquella civilización y en su profundo sentido secularizador y nacionalista. La Iglesia ha efectuado una acción importante entre los inmigrantes, hasta el punto de convertir esta acción en una de las más emocionantes páginas de la Iglesia norteamericana. Los inmigrantes europeos se instalaron, en su mayoría, en las zonas industriales de los Estados Unidos, constituyendo los grupos obreros; al acceder a un medio extraño, permanecieron agrupados para conseguir subsistir en el orden social y en el económico. Su establecimiento en "ghetto" les permitió mantener numerosas instituciones en el aspecto cultural, lo mismo que en el religioso; se levantaron numerosas parroquias nacionales, con jurisdicción sobre personas de un mismo origen étnico y los inmigrantes pudieron estar acompañados por sacerdotes de su misma nacionalidad. Ello produjo un importante control tanto social, como religioso. El sacerdote realizó un auténtico liderazgo, prolongado todavía hoy, en algunos aspectos. La parroquia nacional norteamericana, ha desempeñado el mismo papel que la parroquia rural en los campos europeos, asegurando una transición no traumática entre la parroquia rural y la propiamente urbana. Este sistema ha salvado a varias generaciones de inmigrantes de una descristianización segura e inevitable, que no han tenido oportunidad de sufrir los inmigrantes del medio rural al urbano en las regiones europeas. En los Estados Unidos, además, no se han dado las grandes aglomeraciones parroquiales, ni, desde luego, los suntuosos edificios

parroquiales de Europa o de Hispanoamérica. El promedio de católicos por parroquias no ha pasado casi nunca de seis mil, lo cual ha permitido el mantenimiento de una coherencia muy importante que, por otra parte, ha sido muy propiciada por las necesidades de los propios inmigrantes, por motivos ya conocidos, como un medio de autodefensa y de mantenimiento de la identidad hasta el momento de la integración nacional.

Después de la etapa de inmigración ha llegado la de asimilación de los católicos, que se ha franqueado con grandes dificultades, a causa del nacionalismo acentuado de varios grupos inmigrantes. Numerosos ciudadanos sostenían la teoría de que el catolicismo era anti-americano. Parece que puede afirmarse en estos momentos que, en los próximos diez años, el porvenir del catolicismo en los Estados es absolutamente importante.

-0-0-0-
-0-0-
-0-

IV

LAS RELACIONES ENTRE ESTADOS UNIDOS E IBEROAMERICA.

El tema que se apunta aquí es de una importancia excepcional y, lógicamente, no puede pretenderse estudiarlo de un modo exhaustivo. Sólo se trata de apuntar la índole de estas relaciones, preferentemente desde el punto de vista político, en la época presente. No resulta, sin embargo, obvio establecer una serie de supuestos de análisis, relativos, sobre todo, al carácter que actualmente predomina en el mundo iberoamericano de crisis política. Pero mencionar la crisis política iberoamericana es hacer mención solamente, de una pieza del gran rompecabezas, cuyo peso proporcional en el conjunto es sumamente difícil de calibrar. En primer lugar, porque la consideración de la política como un epifenómeno -proyección de necesidades más profundas de tipo estructural, antes que motor desencadenante de los procesos históricos- es un axioma casi unánimemente aceptado por los historiadores actuales. De éste principio, que considero básicamente cierto, parece necesario partir para encarar éste capítulo. La política es una superficie que resulta obligado explicar en relación con factores más profundos, estables y complejos de acontecer. De ese modo, pues, parece preciso "partir de" otros niveles históricos para poder llegar a establecer un principio útil y claro caracterizador del nivel político, lo cual no supone, tampoco, la aceptación de ningún determinismo, que, por otra parte, no resultaría en absoluto aconsejable, pues los determinismos históricos, además de ser aventurados y peligrosos, pecan por la carga ideológica que, normalmente, soportan, con frecuencia, falsas y, desde luego, siempre parciales. Los determinismos excesivamente preconcebidos corren el albur de ensombrecer amplios sectores y muchas facetas del multiforme universo histórico. Es preferible, pues, hablar de intersecciones, puntos de contacto, líneas de fuer-

zas de acción y reacción recíprocas, de cuyo juego de tensiones salen las resultantes históricas, es decir, las líneas de avance o movimiento de los conjuntos históricos. La política es una de las múltiples dimensiones de la vida humana y, por tanto, de la historia, con unos presupuestos generales determinados por la propia esencia de lo político y que ofrece unas especificidades en cada momento histórico. De modo, pues, que todo problema político, es, ante todo, un problema histórico, en el sentido de que no puede limitarse a su reducida parcela de manifestación, sino que irradia a los otros campos componentes del mundo histórico, influyéndose mutuamente.

Una crisis política, pues, es una crisis histórica, o, por mejor decir, un tipo específico de crisis histórica. Y así es en el caso de Iberoamérica. Lo que ocurre es que es algo más, y en ese aspecto suplementario radica toda su importancia. Porque la crisis política iberoamericana es sólo un aspecto, pero sin duda, el más espectacular y sobresaliente, de la crisis histórica de esa región, ofreciendo con ello una peculiaridad muy particular de verdadera crisis histórica. Es quizá, por esta causa, por la que se ha dicho con toda la razón, que el mundo iberoamericano de nuestros días es el laboratorio más importante de los conflictos sociológicos, políticos y económicos de nuestro mundo. Todos los rasgos que han sido señalados como característicos o típicos de las sociedades iberoamericanas (tensiones, violencia, inseguridad, falta de estabilidad) encuentran una cabal explicación examinados desde este peculiar punto de vista, puesto que una época de crisis es, ante todo, una manifestación concentrada de conflictos de todo orden y, sin duda, la conflictividad es el carácter natural y característico de la política del mundo iberoamericano; el conflicto es una constante (tensión, polémica y pugna) de la historia iberoamericana desde el siglo XVI: la crisis política es el resultado o la manifestación de una crisis histórica muy profunda. Ahora bien ¿en qué consiste dicha crisis? ¿Cómo puede definirse? ¿Cuál es su significado último? ¿Hacia donde apunta? La contestación a todas y cada una de estas preguntas, exigiría todo un tratado de sociología, que ahora no podemos siquiera plantear. La amplitud e importancia del tema obliga a desbordar los límites de lo político y abordar su examen desde otras alturas y con intenciones más agudas. No puede deslindarse el nacimiento de los movimientos políticos iberoamericanos del siglo XX, desvinculándolos de la hecatombe económica de 1929, la cual, a su vez, debe inscribirse en el campo de las relaciones internacionales, muy peculiares del mundo iberoamericano; resulta imposible obviar el problema del desarrollo y crecimiento respecto al nacionalismo de los países de habla española; por último, sería erróneo marginar las específicas claves culturales de Iberoamérica, donde se encuentra un espacio propio, definido y de gran entidad e importancia. Todo este panorama no es posible plantearlo. Únicamente es posi-

ble -ante todo por la índole misma de éste trabajo y el enfoque que le hemos dado- analizar las relaciones internacionales, entre Iberoamerica y los Estados Unidos; y, en razón a la índole de estas reflexiones, precisamente desde la perspectiva de los Estados Unidos, puesto que estos constituyen el eje activo de nuestro trabajo. Concretando todavía más, podemos decir que el punto de análisis estará centrado, básicamente, en la Alianza para el Progreso, doctrina enunciada como es sabido por el presidente Kennedy y defendida de un modo definitivo por el presidente Nixon. Obsérvese la diferencia de actitud, en función, acaso, de las respectivas posiciones de los partidos de cada uno de ellos: el demócrata y el republicano. Pero tampoco es la ocasión de insistir sobre ello, pues lo que interesa ahora es establecer cuáles fueron las actitudes norteamericanas respecto a la Alianza para el Progreso.

Cuando en 1961 el presidente Kennedy proclamó la Alianza para el Progreso, la reacción en los Estados Unidos fue unánimemente favorable. El programa de la Alianza -anunciado por Kennedy y aceptado, internacionalmente, en Punta del Este- reflejaba un acuerdo, entre los especialistas norteamericanos en cuestiones iberoamericanas, respecto a la naturaleza de las necesidades y responsabilidades relativas al área ibérica y cuales podían ser las medidas más adecuadas para procurar la mejora de las relaciones interamericanas. A su vez, los redactores (fundamentalmente intervino el asesor presidencial e historiador, Arthur Schlesinger), utilizaron las tesis críticas elaboradas por destacados especialistas respecto a los fallos de la política norteamericana respecto a Iberoamérica. Por ejemplo, las doctrinas de la CEPAL, rechazadas sistemáticamente, durante años, por los dirigentes de la política de Washington, parecía que se aceptaban, desde el punto y hora en que el gobierno norteamericano hacía suyos conceptos como "planificación económica", "acuerdos regionales de comercio" y convenios internacionales sobre "intercambio de productos primarios", etc. Después de años de resistencia, el gobierno norteamericano se comprometía a una transferencia sustancial, y a largo plazo, de recursos nacionales, incluyendo la ayuda pública para cooperar al crecimiento de Iberoamérica y, sobre todo, conseguir una profunda transformación social. Los especialistas norteamericanos en problemas iberoamericanos aclamaron entusiásticamente el proyecto:

- "una innovación de enorme importancia en las relaciones interamericanas" (HERBERT K. MAY: Problems and prospects of the Alliance for Progress, New York, 1968; pág. 33);
- "una espectacular y fundamental reorientación de la política gubernamental de Washington" (JEROME LEVINSON y JUAN DE ONIS: The

Alliance that Lost Its way: a critical report on the Alliance for Progress, Chicago, 1970; pág. 5);

- "un momento decisivo en la historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina" (FEDERICO GIL: Latin-American United States Relations, New York, 1971; pág. 227).

En fecha muy anterior, un historiador español señalaba la importancia de la doctrina para la consecución de un incremento de sectores sociales medios estabilizadores y afirmaba: "... frente al desafío supuesto por una forma estatista de desarrollo Kennedy preconizaba -con una cierta reminiscencia del liberalismo decimonónico- una "Alianza para el progreso". Y concluía su juicio, altamente favorable el citado profesor, afirmando que con la doctrina surgía "un cambio de rumbo norteamericano con respecto a hispanoamérica" (Cfr. MARIO HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA: Historia Universal de América, tomo II; pág. 595 y sgs., Madrid, Guadarrama, 1963).

Aplaudida por todos, sin embargo, pronto se convirtió la Alianza en objeto de polémica, que la ha sobrevivido, generando una nutrida bibliografía (Cfr. PAQUITA VIVO: A. Guide to Writings on the Alliance for Progress, OEA, Washington 1970). Pese a todo, en la polémica ha existido un acuerdo sobre un punto clave: durante el decenio de 1960 se produjo una sustancial diferencia entre lo prometido por la retórica oficial de Washington y lo que, en realidad, hizo el gobierno de los Estados Unidos. La ayuda económica no alcanzó los niveles proyectados, incluso, es muy posible, que las exigencias de los servicios de la deuda y otras transferencias de capital, produjeran una salida neta de recursos iberoamericanos hacia los Estados Unidos. Es decir que la ayuda no sólo fue insuficiente en magnitud, sino que muchas veces resultó muy mal enfocada desde el intento de promover el desarrollo hispanoamericano, pues se impusieron diversas condiciones con objeto de servir a diversos intereses norteamericanos, convirtiéndose, como afirmó Simon G. Hansen en "un mecanismo importante para beneficiarse con el riesgo público". Por su parte, los aspectos no económicos tampoco tuvieron oportunidad de alcanzar efectos saludables. La supuesta manifestación de oposición a los regímenes políticos golpistas y, en cambio, de apoyo a los regímenes constitucionales, no solamente no fue mantenida, sino que, precisamente en esa época -aunque desde luego por razones perfectamente homologables con los propósitos políticos de los Estados Unidos- hubo una considerable proliferación de regímenes militares. Debe advertirse, sin embargo, que esta etapa se encuentra caracterizada por un intervencionismo militar institucionalizado; se trata del ejercicio del poder por el mando conjunto

de las fuerzas armadas y, en gran parte, como una consecuencia o reacción frente a la proliferación de las guerrillas urbanas y rurales y, también, como una solución para el equilibrio político, ante la tendencia hacia el izquierdismo revolucionario que es, acaso, la más importante manifestación y efecto del castrismo comunista en todo el continente iberoamericano. Por otra parte, diversos ejemplos de intervención norteamericana en la política iberoamericana (episodio de Bahía Cochinos, invasión de la República Dominicana o la agresión sociológica, representada por el asunto "Camelot", contradijeron abiertamente las promesas que habían hecho los altos funcionarios norteamericanos.

¿Cuáles son las razones del fracaso de la Alianza? Desde el punto de vista norteamericano, se han dado tres tipos de respuestas: dos tradicionales -la liberal y la radical- y otra -la burocrática- respondiendo a un análisis intelectual. El enfoque liberal, que subyace a la Alianza misma, supone una esencial compatibilidad entre los intereses de Estados Unidos e Iberoamérica. Se refiere a las tesis que sostienen que Estados Unidos tienen un interés nacional respecto a Iberoamérica distinto a los del empresariado industrial o financiero norteamericano y superior en su conjunto. Según la interpretación liberal, las dificultades históricas en Estados Unidos e Iberoamérica, han surgido como consecuencia de políticas aplicadas en el pasado por los primeros y que en nuestros días, no resultan ni oportunas ni aptas (por ejemplo, la política del "garrotazo" o la diplomacia del "dolar"; también se señalan otra larga serie de factores, entre los cuales destacaremos:

- las confusiones transitorias de los intereses privados norteamericanos con el interés público nacional;
- el descuido estadounidense respecto a los problemas iberoamericanos y la generalizada, grave y persistente incomprensión entre ambas regiones, debida a profundas diferencias culturales y una insuficiente información que, por parte norteamericana, además, se caracteriza por una elevada dosis de menosprecio;
- la política de "buena vecindad" de F.D. Roosevelt, resolvió con éxito las cuatro causas de tensión interamericana:
 - . el gobierno USA prestó atención a Iberoamérica;
 - . puso fin a toda acción oficial inaceptable;
 - . subordinó los intereses privados al interés nacional;
 - . se esforzó en promover el mutuo entendimiento.

Después de la segunda guerra mundial, la preocupación de Estados Unidos quedó centrada en Europa y, sobre todo, en Rusia, ya considerada su rival natural, en el sistema de la bipolaridad. De nuevo, los funcionarios norteamericanos prestaron muy poca atención a los problemas y asuntos de Iberoamérica. El caso más notorio es el del secretario de Estado Kissinger. Sin embargo, los problemas iberoamericanos volvieron a ocupar un puesto preeminente en la agenda de los Estados Unidos, en materia de política exterior. Los motivos de esta preeminencia son muy diversos y explicativos:

- la hostil recepción hecha al vicepresidente Nixon en su viaje por países iberoamericanos en 1958;
- las impresiones sobre Iberoamérica recogidas en sus viajes por los mismos territorios por parte de Milton Eisenhower, hermano del presidente;
- el acceso al poder en la isla de Cuba del régimen de Fidel Castro que ya se adivinaba como altamente contrario a los intereses y a la política de los Estados Unidos;
- los decisivos estudios al respecto publicados por intelectuales y especialistas hispanoamericanos, como por ejemplo Raúl Prebisch, denunciando a las grandes potencias como responsables de la situación de Iberoamérica.

De acuerdo con la explicación liberal, las razones del descontento hispanoamericano con la política estadounidense, fueron poco a poco comprendidas en Washington y ello fue el motor para que fuesen tomadas medidas para ayudar a Iberoamérica, a partir de la decisión gubernamental de aprobar la creación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y destinar 500 millones de dólares en préstamos de capital, amortizable en moneda local, para el fondo para el Progreso Social de dicho Banco. Estas medidas fueron potenciadas a partir de la campaña electoral de Kennedy y, como consecuencia de la influencia de sus asesores para asuntos iberoamericanos, surgió la Alianza para el Progreso, considerada por los liberales como un auténtico compromiso gubernamental norteamericano para cooperar con las naciones hispanas por la consecución de las ambiciosas metas sociales, políticas y económicas, proclamadas en Punta del Este, y que eran los siguientes:

- crecimiento económico sostenido.

- distribución más equitativa de la renta nacional;
- diversificación económica;
- industrialización;
- incremento de la producción agraria;
- reforma de la tenencia de la tierra;
- ampliación de la educación y reducción del analfabetismo;
- mejora de los servicios sanitarios;
- mayor número de viviendas;
- estabilidad de precios;
- integración económica regional;
- disminución de la dependencia respecto a productos de exportación sujetos a fluctuaciones extremas de precios;
- fomento y promoción de gobiernos democráticos.

Los autores insertos en la línea que hemos denominado liberal, están de acuerdo en que, en realidad la Alianza para el Progreso estaba en último extremo, destinada a conseguir una mayor seguridad nacional norteamericana, así como sus intereses económicos privados, considerados ambos como objetivos concordantes y compatibles con el progreso que se deseaba para Iberoamérica, e incluso dependientes de él. Por último, en el análisis de los factores que condujeron al fracaso de la Alianza para el Progreso los autores liberales, coinciden en las siguientes cuestiones:

- dicotomía entre las intenciones y la acción desafortunada de los Estados Unidos, por escaso entusiasmo en la ejecución y, sobre todo, por la falta de instrumentación, sobre todo a partir de la muerte de Kennedy y la sustitución de Teodoro Moscoso como coordinador. En definitiva, se dieron prioridad a objetivos erróneos;
- insuficiente comprensión norteamericana hacia la índole de la actividad política iberoamericana. La razón radicaba en que la Alianza ha

bía estado basada en un "modelo consensual" de la política hispanoamericana, según la cual el esquema oligárquico tradicional estaba siendo reemplazado por un proceso de enfrentamientos y concesiones entre grupos divergentes de interés, bastante similar al que tenía lugar en Estados Unidos, bajo la forma de "modelo conflictual". Esto se apreciaba, sobre todo, en la pretendida adhesión de los grupos sociales medios, que luego no resultó tal como se había pensado;

- en general, crítica constante de la política estadounidense para Iberoamérica durante la vigencia de la Alianza, tanto criticando la eficacia de funcionarios, cuanto por el modo como fueron aplicados los principios de la Alianza.

Por su parte, la perspectiva radical respecto a la política norteamericana para Iberoamérica, sobre todo en la época de la Alianza para el Progreso, se diferencia nítidamente de la anteriormente expuesta. Esta perspectiva ofrece, sobre todo, una visión clara y comprensible, aunque inquietante, de la política exterior norteamericana contemporánea y reciente. Se caracteriza por la insistencia en afirmar que la política exterior de los Estados Unidos sirve primordialmente a los intereses del capitalismo norteamericano. Los radicales interpretan como un "pattern" racional, coherente y continuo, lo que los intérpretes liberales consideran errores, accidentes y discontinuidades. También los radicales interpretan las relaciones interamericanas en términos de un conflicto fundamental entre el objetivo norteamericano de dominar la América ibérica y el anhelo de los iberoamericanos por conseguir su definitiva independencia y soberanía. Entienden los radicales que los intereses de la política exterior están dictadas por las empresas privadas norteamericanas. De acuerdo con la interpretación radical, el antagonismo fundamental entre Estados Unidos e Iberoamérica resurgió después de la segunda guerra mundial, que tuvo el efecto de diluir las diferencias existentes, en la defensa común contra la amenaza extra-hemisférica. A partir de éste momento, se produjo el reforzamiento de la dependencia, promovida por la constante necesidad expansiva del capitalismo norteamericano.

Los radicales afirman que la Alianza para el Progreso fue el más refinado instrumento creado por los Estados Unidos para dominar a Iberoamérica y un medio creado, desde el primer momento, para favorecer los intereses económicos privados de los Estados Unidos, para los cuales (inversores y comerciantes) se abría esa zona. Sostienen que puesto que el desarrollo norteamericano y el subdesarrollo iberoamericano, han estado siempre unidos en sus causas, es "inevitable que los Estados Unidos se conside-

ren interesados en mantener la dependencia de América Latina", como dice Bodeneimer. Para estos radicales, la supuesta adhesión de la Alianza a otros objetivos, como son progreso social, distribución más equitativa de la renta nacional, etc., son simples retoques verbales a las políticas tradicionales o un cínico disfraz de las verdaderas intenciones norteamericanas.

Existe una tercera posición, que ha sido recientemente explicada por ABRAHAM F. LOWENTHAL, del Centro de Estudios Internacionales de Princeton, y que considera como una posible perspectiva capaz de corregir las perspectivas insuficientes de liberales y radicales, que es lo que se ha denominado la política burocrática. Esta hipótesis, analiza la política norteamericana no como decisión de un actor único y racional, sino como producto de una serie de procesos de negociación, superpuestos y enlazados dentro del sistema norteamericano, en los cuales participan actores de dentro y fuera del gobierno. El ejemplo más relevante de esta posición está representado por trabajos como el de R. HARRISON WAGNER: United States Policy toward Latin American: A study in domestic and International Politics, Stanford, 1970. Desde esta perspectiva, la Alianza para el Progreso, tal como fue proclamada a principios de 1961, sería un producto temporal de procesos políticos internos norteamericanos, que siguieron en acción, produciendo más adelante resultados diferentes de los previstos. Son numerosas las personalidades y organizaciones norteamericanas que afectan de algún modo y por los más diversos motivos, a Iberoamérica. Pero aunque menor, el grupo de los que influyen de manera directa la política norteamericana hacia la América hispana, es, sin embargo, considerable por su influencia enorme: intereses privados, financieros, de diferentes tipos y grados de influencia, cumplen su papel de presión en la gestión. Las entidades financieras (desde exportadoras de minerales hasta vendedoras de peces tropicales) piden consideración especial para lo que compran o venden o fabrican, o bien mejores condiciones generales para sus operaciones. Los intereses privados no financieros (grupos religiosos, sindicatos, instituciones académicas, fundaciones, periodistas, asociaciones de prensa, etc.) ponen en juego la más variada gama de objetivos y puntos de vista, con distintos grados de efectividad, en diversos momentos de elaboración política. También, dentro del gobierno norteamericano, actúan numerosos intereses y opiniones. Cada organismo tiene su propia clientela y grupo de "constituyen-
cy" que hay que satisfacer, su propio personal y métodos de reclutamiento, sus propias tareas y procedimientos de rutina. El Departamento de Defensa y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), se ocupan de proteger lo que se considera la seguridad estadounidense y exploran Iberoamérica en busca de "enemigos potenciales". Pero el Departamento de Defensa, se esfuerza también por proteger sus intereses institucionales, a cuya tendencia no es-

capa ningún organismo oficial norteamericano. De manera, pues, que la política norteamericana hacia Iberoamérica, es la resultante de la interacción entre muchos actores que toman parte en un proceso político dispuesto de tal modo que tiene como objetivo garantizar que los intereses y puntos de vista organizados y articulados sean inyectados, sin grandes alteraciones, en el mismo centro del proyecto elaborador de decisiones. Cada actor tiene una gravitación distinta, que depende de muy diversos factores:

- la esencia del problema en cuestión y el contexto en que se plantea;
- el poder, estilo y habilidades de quienes participan en el proceso de formulación de la política. Su acceso relativo a los canales pertinentes de acción y ejecución;
- el orden en que intervienen.

Como consecuencia de este complejo escenario el resultante global del proceso no tiene por qué ser coherente con la concepción global de la decisión y el establecimiento de objetivos. En el caso de la Alianza para el Progreso se cumplen una serie de notas que abonan ésta caracterización. En primer lugar, fue puesto en marcha poco tiempo después de iniciado un periodo presidencial, momento en que el mecanismo de elaboración política se encuentra más centralizado que nunca y, por consiguiente es más accesible que lo habitual para los que proponen nuevas medidas y más propenso a formular con mayor amplitud y coherencia. Como todo régimen incipiente, el equipo Kennedy fue receptivo a fórmulas nuevas y generosas para abordar viejos problemas; pero, además, tenía especial interés, es una nueva modalidad de trato con Iberoamérica, región varias veces citada por el candidato presidencial como un ejemplo del fracaso de la administración republicana que le precedió en cuanto a relaciones exteriores se refiere. El nuevo presidente quería que su política hacia Iberoamérica fuera compatible con el compromiso asumido por su Administración, de la "Nueva Frontera": "poner de nuevo en marcha a América", objetivo que incluiría el mejoramiento de las relaciones interamericanas. Por la naturaleza de la coalición política en la que se apoyaba Kennedy y los caracteres de sus inmediatos colaboradores, la nueva administración recurrió al asesoramiento de intelectuales y estudiosos profesionales especializados; estos propusieron modificar las actitudes y acciones norteamericanas, a fin de eliminar lo que consideraban obstáculos artificiales para el mejoramiento de las relaciones entre los Estados Unidos e Iberoamérica. Políticos iberoamericanos, tales como Luis Muñoz Marín, Teodoro Moscoso, Arturo Morales Carrión, Rómulo Betancourt y José Figueres, miembros del liberalismo izquierdista iberoamericana

no, tenían contacto directo con la Casa Blanca de modo especial por su personal vinculación con Adolfo Berle, que encabezaba el grupo especial encargado de los asuntos iberoamericanos; existía otro grupo de asesores demócratas liberales del Este, como Arthur Schlesinger, que rodeaba al presidente Kennedy y le redactaban muchos de sus discursos; finalmente, habría que citar el grupo de economistas iberoamericanos, pertenecientes a la CEPAL, como Celso Furtado o Raúl Prebisch, principalmente; todos ellos colaboraron muy estrechamente con altos funcionarios de la Casa Blanca en la preparación del importante discurso presidencial del 13 de marzo de 1961, donde Kennedy bosquejó la Alianza. Por el contrario, el Departamento de Estado, intervino muy escasamente en ello.

De manera que personas con decidido interés ideológico y personal por promover la democracia institucional, tuvieron una notable influencia en la elaboración de la doctrina. En esa época los diplomáticos de carrera, tradicionalmente empeñados en establecer cordiales relaciones con todo tipo de regímenes, fueron poco más que espectadores, aunque se esperaba de ellos que luego aplicarían la política enunciada. Una división semejante se produjo en el manejo de la política iberoamericana, ya que las decisiones al respecto fueron confiadas a Berle, Schlesinger y Goodwin, mientras todo el mundo rechazaba el cargo de subsecretario para Asuntos Americanos. Incluso después de ser designado Robert F. Woodward (junio 1961), la pugna entre los "hombres de Kennedy" y los "profesionales" siguió moldeando la formulación de la política norteamericana. Pero, al disminuir la atención de Kennedy por los asuntos iberoamericanos, también disminuyó la influencia de las personas designadas por él, respecto a la de los burócratas establecidos. De modo que la Alianza para el Progreso no fue dictada por los grandes intereses financieros, tampoco representó un simple retoricismo para ocultar los tradicionales designios imperialistas norteamericanos, sino que fue proclamada como resultado de un proceso político y buracrático en el cual primaba, temporalmente, la influencia de personas y grupos auténticamente interesados en los objetivos declarados en la Alianza, en torno a los cuales, sin embargo, no existía un acuerdo básico por parte de la burocracia estadounidense, ni mucho menos de los grupos financieros, en cuanto a la prioridad y posibilidad de los fines proclamados en ella. En todo caso quienes estaban abocados a mantener su cumplimiento en el campo de la acción política y de las relaciones internacionales fueron precisamente esa burocracia estatal, que no comulgaba con sus principios y los grupos financieros que deseaban obtener mayores rendimientos de su aplicación.

- 0-0-0-0-0-
- 0-0-0-0-0-
- 0-0-0-
- 0-0-